

NERÓN Y LOS MANES DE AGRIPINA

MIGUEL REQUENA JIMÉNEZ
Universitat de València

Abstract: The analysis of the supposed nightmares suffered by Nero after the murder of Agripina, narrated by such diverse authors as Suetonius, Dion Casius and maybe Seneca, shall allow us to approach the perception held by important sections of Roman society about that emperor's power. We shall see how, through beliefs about death popular culture manages to brilliantly express the link between Nero's imperial power and his mother, Agripina.

1. LAS PESADILLAS DE NERÓN

*Sobre una cama de ébano, adornada
con águilas de coral, duerme profundamente
Nerón – inconsciente, tranquilo y feliz;
floreciendo en la salud de su carne
y en el hermoso ardor de su juventud.
Pero en la estancia de alabastro que cierra
el antiguo templo de los Enobarbos
cuán inquietos están sus Lares.
Tiemblan todos aquellos pequeños dioses
y se esfuerzan por ocultar sus insignificantes cuerpos.
Porque han escuchado un sonido terrible,
un sonido de muerte subiendo la escalera;
pasos de hierro que hacen temblar los peldaños.
Y asustados los miserables Lares
se esconden en los rincones del templo,
uno sobre otro cayendo y tropezando,
un diosecillo sobre otro,
porque saben ya qué imagen es la de ese ruido,*

han reconocido el paso de las Erinias.
(Konstantino Kavafis, Los Pasos)¹

He elegido el poema *Los Pasos* para iniciar este artículo por dos razones: en primer lugar, Kavafis, buen conocedor de la cultura clásica, debió utilizar los mismos referentes clásicos que yo he usado para realizar este artículo y, en segundo lugar, considero imposible expresar de forma tan acertada y bella el terror y la tensión que en los vivos inspira la presencia de la muerte².

No es éste ni el momento ni el lugar para reflexionar sobre el manido tema de la muerte, magistralmente tratado en otros artículos de esta misma revista, nuestro objetivo aquí es analizar la proyección social y la repercusión política que en el entramado mental de los romanos pudo tener la supuesta persecución de los manes de Agripina a su asesino, su hijo Nerón.

De entre los autores que transmiten tal noticia, Suetonio es, sin lugar a dudas, el que mayor información aporta al respecto. Acostumbrado a incluir en sus biografías relatos de naturaleza maravillosos, sobre todo los conocidos como presagios de imperio (*omina imperii*) y presagios de muerte (*omina mortis*)³, no duda en incluir entre los *omina mortis* de Nerón la presencia de los espíritus de su madre y esposa:

¹ Traducción de José María Álvarez, Madrid 1992. Agradezco a los doctores F.J. Fernández Nieto y Xaverio Ballester, así como a Ángel Aleixandre la lectura y oportunas observaciones que han realizado al presente artículo.

² También Arrigo Boito inicia su opera *Nerone* (estrenada en el Teatro de la Scala de Milán en 1924) con la persecución de las Furias.

³ Sobre la importancia de los presagios en la Antigüedad véanse entre otros muchos los siguientes títulos: F.R. Wagner, *De ominibus quae ab Augusti temporibus usque ad Diocletiani aetatis caesaribus facta traduntur*, Ienae 1888; B. Mouchová, *Omina Mortis in der Historia Augusta*, BHAC 1968/69, Bonn 1970, pp, 111-149; R.S. Lorsch, *Omina imperii. The omens of power received by the roman emperors from Augustus to Domitian. Their religious interpretation and political influence*, North Carolina 1993; A. Vigourt, *Les présages impériaux d'Auguste à Domitien*, Paris 2001; M. Requena, *El emperador predestinado. Los presagios de poder en época imperial romana*, Madrid 2001; M. Requena, *Lo maravilloso y el poder, Los presagios de imperio de los emperadores Aureliano y Tácito en la Historia Augusta*, Valencia 2003. Un análisis detallado de dicha bibliografía y de las distintas valoraciones de los relatos ominales en nuestra recensión al libro de A. Vigourt en *Estudios Clásicos*, XLV (número 123) Madrid 2003, pp. 117-121. El artículo que aquí iniciamos parte del presupuesto, ampliamente

Le tenían además amedrentado los claros pronósticos suministrados por sueños, augurios y presagios, tanto antiguos como recientes. Mientras que antes no solía soñar nunca, después de haber matado a su madre soñó que le arrancaban de la mano el timón de un navío que pilotaba, que su esposa Octavia le arrastraba a las más densas tinieblas, y unas veces que se hallaba cubierto por una multitud de hormigas aladas, y otras que las estatuas de las naciones dedicadas junto al teatro de Pompeyo le rodeaban y le impedían avanzar; soñó, por último, que su caballo asturiano, por el que sentía predilección, se transformaba en mono en la parte posterior de su cuerpo, conservando intacta únicamente la cabeza, y que emitía unos relinchos sonoros. Las puertas del Mausoleo se abrieron solas, y se oyó claramente una voz que salía de su interior y que le llamaba por su nombre. En las calendas de enero, cuando los Lares ya estaban adornados, se desplomaron en medio de los preparativos del sacrificio; mientras tomaba los auspicios, Esporo le ofreció como presente un anillo que tenía grabado en su piedra el rapto de Prosérpina; en el momento de la proclamación solemne de votos, cuando ya se hallaba reunido un gran número de personas de los diversos órdenes sociales, a duras penas se pudieron encontrar las llaves del Capitolio. Mientras se leía en el Senado aquel pasaje de su discurso contra Vín dice en el que afirmaba que los malvados serían castigados y que pronto obtendrían el final que se habían merecido, todos los presentes exclamaron: “¡Tú lo obtendrás, Augusto!” No había pasado tampoco inadvertido que la última obra que cantó en público fue Edipo desterrado y que terminó con este verso:

Esposa, madre y padre me instan a morir (Suet., Nero, 46)⁴.

argumentado en mis dos libros citados, de que los presagios son reflejos deformados del programa ideológico de cada emperador romano, reelaborado y en muchos casos alterado por la tradición popular.

⁴ Traducción de Rosa María Agudo Cubas, Madrid 1992. *Terrebatu ad hoc euidentibus portentis somniorum et auspicioꝝ et ominuꝝ, cum ueteribus tum nouis. Numquam antea somniare solitus occisa demum matre uidit per quietem nauem sibi regenti extortum gubernaculum trahique se ab Octauia uxore in artissimas tenebras et modo pinnatarum formicarum multitudine oppleri, modo a simulacris gentium ad Pompei theatrum dedicatarum circumiri arcerique progressu; asturconem, quo maxime laetabatur, posteriore corporis parte in simias speciem transfiguratum ac tantum capite integro hinnitus edere canoros. De Mausoleo, sponte foribus patefactis, exaudita uox est nomine eum cientis. Kal. Ian. exornati Lares in ipso sacrificii apparatu conciderunt; auspicanti Sporus anulum muneri optulit, cuius gemmae scalptura erat Proserpinae raptus; uotorum nuncupatione, magna iam ordinum frequentia, uix repertae Capitolii claues. Cum ex oratione eius, qua in Vindicem perorabat, recitaretur in senatu daturus poenas sceleratos ac breui dignum exitum facturos, conclamatum est ab uniuersis: tu*

No es esta la única mención a Agripina. Ya en capítulos anteriores, al señalar la multitud de asesinatos atribuidos a Nerón, Suetonio destaca especialmente el de su madre pues:

No obstante, ni en aquel momento ni jamás en los tiempos que siguieron pudo soportar la conciencia de su crimen, a pesar de verse confortado por las felicitaciones de los soldados, del Senado y del pueblo, y a menudo confesó que el fantasma de Agripina le perseguía, al igual que las Furias con sus golpes y sus antorchas ardiendo⁵. Aún más, intentó incluso evocar a sus Manes y aplacarlos mediante un sacrificio celebrado por los magos⁶. Asimismo, durante su viaje a Grecia no se atrevió a asistir a los misterios de Eleusis porque los impíos y criminales son excluidos de la iniciación en éstos por voz de un heraldo (Suet., Nero, 34, 4)⁷.

facies, Auguste. Obseruatum etiam fuerat nouissimam fabulam cantasse eum publice Oedipodem exulem atque in hoc desisse uersu:

θανεῖ ἡ ἄνωγε σύγγαμος, μήτηρ, πατήρ.

⁵ Las Furias o Erinias son las diosas de la maldición y de la venganza, especialmente aquella de los muertos y del castigo de los crímenes familiares. Como ha señalado I.H. Sarian en *LIMCI*, III, 1, s.v. *Erinyes*, pp. 825-843, las Erinias pertenecen al más primitivo fondo del panteón helénico y no se someten a la autoridad de los dioses. Su presencia es especialmente destacable en el ciclo mítico de Agamenón. Perseguirán a Orestes para exigir venganza por la muerte de su madre Clitemnestra. También tienen especial presencia en el ciclo de Alcmeón.

Esquilo en las *Euménides* las presenta vestidas de negro, de aspecto terrorífico, con cara de perro y rodeadas de serpientes. Virgilio las describe atormentando a los muertos con sus látigos: *Tisífone al instante, látigo en mano, salta vengadora y azota a los culpables, y azuzando con la izquierda el manojó de sus horrendas sierpes llama en su ayuda a la tropa feroz de sus hermanas* (Verg, *Aen*, VI, 570ss).

⁶ Al respecto, F. Cumont, *L'iniziazione di Nerone da parte di Tiridate d'Armenia*, *Rivista di Filologia* N.S XI (1933), pp. 145-54; J. Bidez y F. Cumont, *Les mages hellénisés*, 1938, II, 286; N. Méthy, *Nerón: Mage ou Monstre? Sur un passage de Pline l' Ancien* (NH 30, 14-17), *Rhein. Museum f. Philol* 143 (2000), pp. 381-399; B. Rochette, *Nerón et la magie*, *Latomus* 62 (2003), pp. 835-843. Sobre la institución en general *vid.* V. Basanoff, *Evocatio*, Paris 1947.

⁷ Neque tamen conscientiam sceleris quanquam et militum et senatus populi que gratulationibus confirmaretur, aut statim aut umquam postea ferre potuit, saepe confessus exagitari se materna specie uerberibusque Furiarum ac taedis ardentibus. Quin et factó per Magos sacro euocare Manes et exorare temptauit. Peregrinatione quidem Graeciae et Eleusinis sacris, quorum initiatione impii et scelerati uoce praecónis summouentur, interesse non ausus est.

Una tragedia atribuida a Séneca, *Octavia*, vuelve a mencionar las apariciones de los manes de Agripina, aunque en este caso no a su hijo Nerón, sino a su futura nuera Popea, con la que se casará el emperador tras repudiar a su esposa Octavia. Desgraciadamente las dudas sobre la atribución de esta tragedia al preceptor de Nerón⁸ y, por tanto, la dificultad de datarla impiden extraer mayores conclusiones al respecto.

En esta tragedia, Octavia, hija de Claudio y Mesalina y hermana de Británico, es repudiada por Nerón para casarse con Popea. La noche de bodas, Agripina, madre y víctima de Nerón se aparece a Popea con funestos presagios. Continúa la obra con la sublevación del pueblo y el traslado de Octavia a la isla Pandataria donde será ejecutada. A nosotros nos interesa especialmente la visita del espectro de Agripina a Popea la víspera de su matrimonio con Nerón.

Sombra de Agripina

Sombra- Rasgando la tierra, he dirigido mis pasos fuera del Tártaro, encabezando el cortejo de esta boda criminal con una antorcha de la Éstige en mi derecha ensangrentada: que se una en matrimonio Popea a mi hijo a la luz de estas llamas que la mano vengadora y el resentimiento de una madre convertida en fúnebres hogueras.

En medio de las sombras permanece en mí siempre el recuerdo de mi impío asesinato, intolerable para mis Manes que aún están sin vengar.

En pago a mis merecimientos que me dio la funesta recompensa de la nave y, como precio del imperio, la noche aquella en que lloré a raudales mi propio naufragio. Llorar la matanza de los que me acompañaban y la impiedad de mi cruel hijo fue mi deseo... no se me dio tiempo para las lágrimas, sino que redobló con el crimen su terrible impiedad. Acuchillada, espantosamente herida dentro de mis sagrados Penates, exhalé con angustia mi último aliento, después de haber sido arrancada al mar. Y no apagué con mi sangre los odios de mi hijo; se ensaña el feroz tirano contra el nombre de su madre; ansía que queden enterrados mis merecimientos; mis imágenes, mis inscripciones las destruye bajo amenazas de muerte por todo ese mundo que, para castigo mío, entregó mi desdichado amor a ese hijo para que lo gobernara.

⁸ Sobre las dificultades para atribuir esta obra a Séneca, véase la introducción a dicha tragedia por Jesús Luque Moreno, en la edición de Gredos, Séneca, *Tragedias II*, Madrid 2001.

Mi esposo, a quien yo maté, persigue hostilmente a mis sombras y ataca con llamas mi rostro culpable; me acosa, me amenaza, me imputa a mí el hado y la tumba de su hijo, reclama al autor del asesinato. Basta ya; se te dará; no te pido mucho tiempo.

La Erinis vengadora prepara para el impío tirano una muerte digna de él, azotes y una vergonzosa huida; y castigos con los que supere a la sed de Tántalo, al terrible trabajo de Sísifo, al ave de Titio y a la rueda que arrastra los miembros de Ixión.

Puede, en su soberbia, construir un palacio con mármoles y cubrirlo de oro, que sus umbrales los custodien cohortes armadas, propias de un caudillo, que el mundo entero le envíe sus inmensas riquezas hasta quedar exhausto, que a su diestra sanguinaria acudan suplicantes los partos y le traigan su reino y sus riquezas.

Vendrá el día y el momento en que ese culpable pague con la vida sus crímenes y entregue el cuello a sus enemigos, abandonado, abatido, privado de todo.

¡Ay! ¿A dónde han ido a parar mis fatigas? ¿A dónde, mis anhelos? ¿A qué extremos de delirio te han llevado la pasión y tus hados, hijo, para que ceda ante tan grandes desgracias la ira de tu madre, que sucumbió por un crimen tuyo?

Ojalá que antes de haberte dado a luz y haberte criado, crueles fieras hubiesen despedazado mis entrañas: sin crimen alguno, inconsciente, inocente, mío, hubieras sucumbido; unido, adherido a mí, hubieras contemplado una mansión siempre apacible en los Infiernos y a tus abuelos y a tu padre, varones de gran nombre, a los que ahora esperan una vergüenza y una aflicción eternas, por culpa de ti, infame, y de mí, que llevé en mi vientre a semejante ser.

¿Por qué no escondo ya mi rostro en el Tártaro, yo madrastra, esposa, madre funesta para los míos? (Sen., Octavia, 595-645)⁹.

También Díón Casio recuerda que la conciencia de Nerón estaba tan alterada que por la noche súbitamente saltaba de su cama. Un terror que lo inquietaba desde el día en que oyó un sensacional sonido marcial proveniente de la región donde yacían los huesos de Agripina (D.C., 61, 13, 3)¹⁰.

⁹ Traducción de Jesús Luque Moreno, Madrid 2001.

¹⁰ καὶ τῇ μὲν Βουλῇ ταῦτα ἐπέστειλεν, αὐτὸς δὲ ταῖς τε νυξίν ἐξεταράττετο ὥστε καὶ ἐκ τῆς εὐνῆς ἐξαπιναίως ἀναπηδᾶν, καὶ μεθ' ἡμέραν ὑπὸ σαλπύγγων δῆ τινων πολεμικόν τι καὶ θορυβῶδες ἐκ τοῦ

2. EL MIEDO A LOS MUERTOS Y A LOS ESPÍRITUS MALIGNOS

El temor a los muertos, a su presencia entre los vivos y a su relación con éstos, constituye uno de los temas más repetidos en infinidad de leyendas y tradiciones populares de numerosas y variadas culturas. Sin excesivo esfuerzo podríamos rastrear su presencia en relatos de cualquier ámbito geográfico y cultural, sin olvidar su pervivencia en nuestra sociedad.

La cultura greco-romana no ha sido una excepción a la hora de abordar el tema de la muerte¹¹. Muy al contrario de lo que se suele pensar para una cultura asociada tradicionalmente a la vida y al disfrute de ésta, los romanos han dado una importancia extraordinaria a la muerte, articulando en torno a ella infinidad de creencias y comportamientos.

Ahora bien, no tiene esta afirmación, nada de novedoso. E. Jobbé-Duval inicia su obra dedicada a los *morts malfaisants* afirmando que el temor a los muertos domina la historia romana: *la crainte des morts domine l'histoire romaine, histoire littéraire comme histoire juridique*¹². E igualmente en su ya centenaria, pero todavía imprescindible, *Ciudad Antigua*¹³, Fustel de Coulanges también atribuye una importancia fundamental en el análisis de instituciones griegas y romanas, al temor que a ambos pueblos inspiraban los muertos.

Así, no sólo inicia su obra con el capítulo dedicado a las “*Creencias sobre el alma y la muerte*”, sino que afirma que para los antiguos, “*el alma que no tenía sepultura no tenía morada; quedaba errante y en vano aspiraba a descansar de las agitaciones y trabajos de esta vida;*

χωρίου ἐν ᾧ τὰ τῆς Ἀγριπίνης ὄστᾱ ἔκειτο ἠχουσῶι ἔδειματοῦτο.

¹¹ E. Rohde, *Psique. El culto de las almas y la creencia en la inmortalidad entre los griegos*, Málaga 1995 (Heidelberg 1973); E. Jobbé-Duval, *Les morts malfaisants. “Larvae, Lemures” d’après le droit et les croyances populaires des romains*, Paris 1924; F. Cumont, *Recherches sur le symbolisme funéraire des romains*, Paris 1942; F. Cumont, *Lux Perpetua*, Paris 1949; J.M.C. Toynbee, *Death and Burial in the Roman World*, London 1971; Ph. Ariés, *L’Home devant la Mort*, Paris 1977; G. Gnoli y J.-P. Vernant (eds.), *La mort, les morts dans les sociétés anciennes*, Cambridge 1982; H.P. Rosemeier (ed.), *Tod und Sterben*, Berlin–New York 1984; F. Hinard y M.-F. Lambert (eds.), *La mort au quotidien dans le monde romain*, Paris 1995, etc.

¹² E. Jobbé-Duval, *op. cit.*, p. 2.

¹³ N. Fustel de Coulanges, *Ciudad antigua, estudio sobre el culto, el derecho, las instituciones de la Grecia y de Roma*, Madrid 1968, traducción de Alberto Fano.

tenía que andar siempre vagando en forma de sombra o de fantasma, sin detenerse jamás ni recibir las ofrendas y alimentos necesarios. En su desgracia se dedicaba a causar la de los demás, atormentando a los vivos, enviándoles enfermedades, destruyendo sus cosechas y asustándolos con apariciones nocturnas para pedir que le diesen sepultura junto a su cuerpo. Tal fue el origen de las creencias en los aparecidos; la antigüedad estaba persuadida de que el alma sin sepultura era una desgracia, y por eso la ceremonia fúnebre no era tanto para demostrar el dolor de los vivos cuanto para procurar el descanso y tranquilidad de los muertos¹⁴”. Creencia básica común a infinidad de pueblos primitivos.

Es decir, no bastaba con enterrar el cuerpo, era preciso celebrar los ritos exigidos por la tradición, y cuyo control era competencia del colegio pontifical, para fijar al muerto a su tumba y evitar los perjuicios que éstos podían causar a los vivos. En caso contrario los muertos se transformaban en espectros furiosos que permanecían entre los vivos provocando epidemias, esterilidades, hambrunas y todo tipo de males. Entre las creencias populares los locos aparecen como poseídos, víctimas de la venganza de los poderes invisibles. También pueden permanecer los espectros en las casas donde han sido asesinados o enterrados, atemorizando a sus habitantes e incluso obligándoles a abandonarlas¹⁵.

Unos perjuicios perfectamente reflejados por la literatura greco-romana. Ovidio muestra lo que ocurre cuando no se celebran los ritos exigidos en el culto a los muertos:

¹⁴ *Op. cit.*, p. 23.

¹⁵ Plinio el joven, *Epist.*, 7, 27, narra la existencia de una casa encantada en Atenas donde se oía el sonido de cadenas y aparecía el espectro de un viejo con larga barba y cabellos blancos, hasta el punto que fue abandonada por sus moradores. Según Suetonio, el cadáver de Calígula “fue transportado en secreto a los Jardines de Lamia y medio quemado en una pira levantada a toda prisa, tras lo cual se le enterró bajo una pequeña capa de césped; luego, cuando sus hermanas regresaron del exilio, fue exhumado, incinerado y sepultado. Es bien sabido que, antes de que esto sucediera, los guardias de los jardines fueron inquietados por espectros y que no transcurrió ni una sola noche sin que se produjera algún suceso terrorífico en la casa en la que pereció, hasta que la propia casa fue devorada por un incendio”(Suet., Calígula, 59). Tampoco debemos olvidar la comedia *Mostellaria* de Plauto, como ejemplo de casa encantada.

Mas hubo una época, mientras libraban largas guerras con las armas batalladoras, en la cual hicieron omisión de los días de los muertos. No quedó esto impune, pues dicen que, desde aquel mal agujero, Roma se calentó con las piras de sus suburbios. Apenas puedo creerlo; dicen que nuestros abuelos salieron de sus tumbas, quejándose en el transcurso de la noche silenciosa. Dicen que una masa vacía de almas desfiguradas recorrió aullando las calles de la ciudad y los campos extensos. Después de este suceso, se reanudaron los honores olvidados de las tumbas, y hubo coto para los prodigios y los funerales (Ovidio, Fastos, 546-556)¹⁶.

Pero para entender ese miedo a los muertos hay que tener en cuenta que los griegos y romanos incluían a los muertos entre sus dioses, y como tales eran capaces no sólo de proteger sino también de castigar a los hombres.

Según Fustel de Coulanges: *“Considerados los muertos seres sagrados, recibían los nombres más respetuosos, llamándolos buenos, santos y bienaventurados, y merecían toda la veneración que el hombre puede profesar a una divinidad a quien ama o teme. En su opinión, cada muerto era un dios. Esta especie de apoteosis no era sólo privilegio de los hombres ilustres, porque entre los difuntos no se hacía distinción”¹⁷.*

B. Liou-Gille concluye su estudio sobre la divinización de los muertos afirmando que todos los muertos son divinizados en Roma. La

¹⁶ Traducción de Bartolomé Segura Ramos, Madrid 2001.

¹⁷ N. Fustel de Coulanges, *Ciudad antigua*, pp. 26-27: *Cicerón dice: “Nuestros antepasados quisieron que a los que dejaban esta vida se les contase en el número de los dioses (Cic., Leg., II, 22)”. Para ello no era necesario ser hombre virtuoso, el malo se convertía en un dios como el bueno, y únicamente se diferenciaba en que conservaba en esta segunda existencia todas las malas inclinaciones que había tenido en la primera (Aug., Ciu., VIII, 26; IX, 11). Los griegos daban a sus muertos el nombre de dioses subterráneos. Leemos en Esquilo que un hijo invoca así el nombre de su padre difunto: “¡Oh tú que eres un dios bajo la tierra!”. Eurípides dice, hablando de Alceste: “El pasajero se detendrá ante su tumba y dirá: Ahora es ésta una divinidad bienaventurada”(E., Alc., 1015). Los romanos daban a los muertos nombres de dioses manes. “Dad a los dioses manes lo que le es debido –dice Cicerón-, pues son los hombres que han abandonado la vida, tenedlos, pues por seres divinos”(Cic., Leg, II, 9. Varrón en San Agustín (Ciu., VIII, 26). Los sepulcros eran los templos de estas divinidades y llevaban la inscripción sacramental: *Diis manibus*. “Allí –dice Virgilio (Aen., IV, 34)- viven los dioses enterrados, manesque sepulti”. Delante del sepulcro había un altar para los sacrificios, lo mismo que en los templos de los dioses (E., Tr., 96; El., 505-510; Verg., Aen, VI, 177; III, 63; III, 305; V, 48; Plut., *Quest. Rom.*, 14).*

diferencia entre los muertos ordinarios y los emperadores divinizados consiste exclusivamente en que este último pertenece a toda la ciudad, él recibe un culto masivo y colectivo. Sus poderes sobrenaturales, alimentados por los sacrificios y las oraciones de los fieles, devienen proporcionales a su culto. Él es “más dios” que el simple mortal divinizado¹⁸.

Eso sí, la cultura greco-romana distinguía claramente entre los dioses de arriba y los de abajo, los *superi* y los *inferi*. Los romanos oponían a los dioses de arriba los dioses subterráneos, los dioses que están bajo tierra, que están debajo, en lo inferior, los *di inferi*. En esta segunda categoría o *di inferi*, junto a Plutón, Hécate, Perséfone, etc, se incluyen los *di manes*¹⁹.

Ahora bien los romanos no temían a todos los muertos, a todos los *di manes*, de forma general. Convencidos de que la suerte del “espíritu”, del “alma”, dependía, como se señaló antes, de la del cuerpo, consideraban que si éste no había sido sepultado siguiendo los ritos que exigía la tradición, o si la muerte había sido prematura o violenta, en tal caso, el “espíritu” del muerto no descansaba en el mundo inferior, sino que permanecía entre los vivos causando todo tipo de problemas. Son éstos los conocidos bajo la denominación de Lémures o Larvas, muertos especialmente maléficos y dañinos²⁰. Adquirían esta condición de espíritus errantes y sobre todo maléficos, los *insepulti*, es decir, el alma de aquellos cuyo cuerpo no había recibido los honores fúnebres²¹; la de

¹⁸ B. Liou-Gille, *Divinisation des morts dans la Rome ancienne*, *RPh* 71 (1993), pp. 107-115.

¹⁹ *Op. cit.*, p. 115.

²⁰ Seguimos el trabajo de É. Jobbé-Duval, *Les Morts Malfaisants*, p. 40 ss.

²¹ En todo caso, para que la sepultura produjera sus efectos, la colocación en la tumba de la urna conteniendo las cenizas o el cadáver debía haber sido precedida de los funerales, seguidos conforme al ritual; en caso contrario, el muerto figuraba entre los *insepulti*.

El cadáver era expuesto publicamente en el *atrium* de la casa y después transportado en un lecho fúnebre, *lectus* o en un ataúd descubierto, *capulus*. Uno de los principales deberes de los parientes consiste en preservar de toda mutilación el cadáver del difunto, pues esta mutilación alcanzaba al alma tanto como al cuerpo. Si el cadáver había sido mutilado, no podía ser portado al descubierto sobre el *lectulus*. Así la mutilación del cadáver impedía la sepultura ritual. Como los secuaces del rey Ptolomeo habían decapitado a Pompeyo antes de tirar su cuerpo al mar, los funerales regulares no pudieron ser celebrados sino más tarde cuando la cabeza fue restituida (Luc., 10, 167).

los *aori* o de *mors immatura*, aquellos fallecidos de una muerte prematura²², y por último las víctimas de una muerte violenta, *saevus finis*²³.

Son esta categoría especial de manes, los lemures o larvas, los que provocan un temor especial en la sociedad romana.

*Ojalá, Emiliano, en pago de esta mentira, este dios, que se mueve constantemente entre el mundo celeste y el mundo infernal, te premie con la maldición de los dioses del cielo y del infierno y acumule sin pausa ante tus ojos los fantasmas de los muertos, todos los espectros que por doquier existen, todos los lémures, todos los manes, todas las larvas, todas las apariciones nocturnas, todas las figuras espantosas que surgen de las piras funerarias, todas las visiones terroríficas de los sepulcros, de las que, por cierto, no estás muy lejos tanto por tu edad como por tu conducta (Apol., Apol. 64, 1)*²⁴.

Pero estos espectros dañinos son especialmente peligrosos para sus enemigos en vida y fundamentalmente para su asesino. El deseo de venganza de los muertos sobre sus enemigos y asesinos es magistralmente expresado por Ovidio en su amenaza a Ibis:

Mientras los tracios luchen con el arco y los yáziges con la lanza, mientras sea templado el Ganges, frío el Danubio, mientras los montes tengan robles, suaves pasto los campos, mientras tenga el etrusco Tíber aguas cristalinas, estaré yo en guerra contigo; ni siquiera la muerte pondrá fin a mis iras, sino que daré violentas armas a mi ánima para luchar contra la tuya.

Los insepultos erraban sin encontrar reposo hasta el momento en el que se les rendían los últimos deberes, *iusta percipere*. Para que ello fuera posible, era necesario recuperar los huesos, y que éstos no hubieran sido dispersados por los perros o bestias salvajes. Cuando se cumplían tales preceptos el muerto entraba en los Infiernos y cesaban de ser maléficos.

²² Es decir, antes de la fecha fijada por las Parcas para el final de sus días. Se incluyen entre los espectros errantes y maléficos hasta el día que había sido fijado por el Destino. Especial importancia en esta categoría tienen los niños.

²³ Como la muerte violenta presentaba muchas veces las mismas características que una muerte prematura se las solía confundir.

²⁴ Traducción de Santiago Segura Munguía, Madrid 2001.

También entonces, cuando me disperse en el vacío de los aires, mi sombra exangüe odiará tu forma de ser. También entonces vendré, sombra que no olvida tus actos, y en forma de esqueleto perseguiré tu rostro. Tanto si me muero consumido por larga edad, que no quisiera, como si me libera una muerte violenta, o si náufrago, soy juguete de las inmensas olas, y se come mis entrañas un pez remoto, o si aves de tierra extraña desgarran mis miembros, o si de mi sangre tiñen sus hocicos los lobos, o si alguien se digna sepultar mi cuerpo exánime y ofrecerle una hoguera plebeya, sea cual sea mi suerte, intentaré arrancarme de las orillas estigias y lanzaré vengador hacia tu cara mis heladas manos. Me verás si estás despierto, y en las calladas sombras de la noche, como si me hubiera aparecido a ti, te ahuyentaré el sueño. Así que, hagas lo que hagas, volaré por delante de tu cara y tus ojos quejándome, y en ninguna parte encontraras reposo. Sonarán golpes crueles, y serpientes enrolladas, y ante su cara culpable humearán antorchas.

Estas calamidades te azotarán en vida, las mismas cuando estés muerto, y más breve será tu vida que tus castigos. No te corresponderá funeral, ni las lágrimas de los tuyos: se te arrancará la cabeza sin que la lloren, y serás arrastrado por la mano del verdugo entre los aplausos de la gente, y su gancho se clavará en tus huesos. De ti huirán hasta las mismas llamas que todo lo consumen, y la tierra justiciera escupirá fuera de sí tu cadáver aborrecido. Con sus garras y su pico te sacará las entrañas lento el buitre y ávidos perros despedazarán tu corazón embustero, y que tu cuerpo sea motivo de disputa (puedes estar orgulloso de esa gloria) entre lobos insaciables.

[.....] Aquí te herirá el costado con su látigo una de las Furias, para que confieses en su totalidad tu delito, otra dará a las serpientes del Tártaro tus miembros despedazados, la tercera cocerá al fuego tus humeantes mejillas. Tu sombra criminal será atormentada de mil maneras, y Éaco será muy ingenioso en inventar suplicios para ti. A ti te trasladará los tormentos de los viejos personajes... (Ov., Ibis, 135-190)²⁵.

Cuando los espectros no castigan ellos mismos a su asesino suelen aparecerse a sus parientes a los que exigen el castigo del culpable. Como señala Tito Livio, Virginia sólo pudo descansar tras el castigo de los culpables: “*los manes de Virginia, más dichosa en muerte que en vida, después de vagar por tantos domicilios reclamando venganza, al fin,*

²⁵ Traducción de Ana Pérez Vega, Madrid 2001.

cuando ya no quedó ningún culpable, descansaron” (Liv. III, 58, 11). Y Cicerón narra este famoso sueño como ejemplo:

Una vez, dos tipos de Arcadia que eran amigos íntimos hacían juntos un viaje y llegaron a Mégara; el uno se dirigió a la posada y el otro a casa de un anfitrión que él tenía. Cuando, ya cenados, estaban reposando, entrada la medianoche, al que estaba con su anfitrión le pareció en sueños que el otro le solicitaba que acudiese en su ayuda, porque el posadero se disponía a asesinarlo. Se levantó inmediatamente, aterrado por el sueño; después, al recapacitar y considerar que no había que conceder importancia alguna a esa visión, volvió a acostarse. Entonces le pareció, mientras dormía, que la misma persona le rogaba que, ya que no había acudido en su ayuda cuando aún estaba vivo, no consintiese que su muerte quedase impune; que, una vez asesinado, el posadero lo había arrojado a un carro y le había echado estiércol encima; le pedía que, por la mañana, se colocase junto a la puerta, antes de que el carro saliera de la población. Verdaderamente conmovido a causa de este sueño, se apostó por la mañana junto a la puerta, y presentándose ante el boyero, le preguntó qué había en el carro; aquél huyó aterrado, y se desenterró el cadáver. Una vez revelado el asunto, se castigó al posadero (Cic., Divin, 1, 27).

Pero no sólo los particulares reciben la visita vengadora de los muertos. Al lado de Nerón, al que dedicamos este artículo, también los autores clásicos transmitieron el temor de Otón (Suet., *Oton*, 7, 2)²⁶, Domiciano (Suet., *Dom*, 16, 1)²⁷, Pertinaz (SHA., *Pert*, 14, 1)²⁸; Caracalla (D. C., 77, 15), Constancio (Amm. Marc., XIV, 11, 17-18)²⁹ o Constante II³⁰ a los espectros de personas por ellos asesinadas.

²⁶ *Se dice que esa noche (toma del poder), presa del pánico durante el sueño, lanzó profundos gemidos; que fue encontrado por los sirvientes que acudieron en tropel tendido en el suelo, delante de su lecho, y que intentó aplacar con todo tipo de sacrificios propiciatorios los manes de Galba, que en su sueño le había derribado y expulsado; cuentan también que al día siguiente, mientras tomaba los augurios, estalló una tormenta y que él cayó pesadamente al suelo, murmurando sin cesar: ¿Qué necesidad tenía yo de largas flautas? (Suet, Oton, 7, 2).*

²⁷ *Hacia medianoche le acometió un espanto tan grande, que se lanzó fuera del lecho (Suet., Dom, 16, 1).*

²⁸ *Tres días antes de ser asesinado, estando en la piscina, creyó ver a un hombre que le perseguía con una espada (SHA., Pert, 14, 1).*

²⁹ *En ese tiempo, durante la tregua que la naturaleza le aportaba con el sueño, sus sentidos eran atormentados por el terror que le causaban los espectros que aullaban*

3. EL ASESINATO DE AGRIPINA Y OCTAVIA Y SUS HONRAS FÚNEBRES

Tanto la muerte, como el posterior destino de los cuerpos de Agripina y Octavia (cuyo espíritu también está presente en uno de los relatos de Nerón arriba citados) permiten entender perfectamente la inclusión de sus manes entre los espíritus maléficos. Como veremos en los siguientes relatos Agripina murió violentamente y su cuerpo no recibió las honras debidas. En el caso de Octavia, la descripción de los acontecimientos que rodearon su muerte permite también incluirla entre los muertos inmaduros.

Si bien son varias las versiones que nos hablan de la muerte de Agripina, y muy amplio el debate sobre la historicidad de las mismas, nosotros nos centraremos exclusivamente en la descripción de los acontecimientos y el destino de su cuerpo. Según la tradición, Nerón, tras rechazar el uso del veneno o el acero, intentó acabar con la vida de su madre utilizando una nave “trucada” que se abriría en alta mar, pero ante el fracaso de dicha estratagema, no tuvo más remedio que mandar asesinarla³¹.

entorno a él, y las hordas de aquellos que el había hecho morir, conducidas por Domiciano y Montius, le aparecía en sueños, lo cogían y lo entregaban a los ganchos de las Furias. En efecto, el espíritu libre de las ataduras del cuerpo, siempre agitado por movimientos infatigables, crea los pensamientos subscientes y las inquietudes que atormentan el alma humana, estas visiones nocturnas que nosotros llamamos, fantasmas (Amm.Marc., 14, 11, 17-18).

³⁰ Todavía en el siglo VII, el emperador bizantino Constante II, que había hecho dar muerte a su hermano, lo veía en apariciones y le presentaba un corte lleno de sangre (Ch. Diehl, “*L’empereur au nez coupé*”, *Revue de Paris* du 1er janvier 1923, pp. 72-73).

³¹ El intento de asesinato de Agripina es narrado por Suet., *Nero*, 34; Tac., *Ann*, 14, 3-5; D.C., 62, 12-13; Sen., *Oct.*, 214-327. Al respecto entre la abundante bibliografía vid: L. Herrmann, A propos du navire d’Agrippine, *REA* 29 (1927), pp. 68-70, para quien la verdad histórica de este episodio no puede ser constatada; A.H. Krappe, La fin d’Agrippine, *REA* (1940), pp. 466-472; G. D’Anna, Osservazioni sulle fonti della morte di Agrippina minore, *Athenaeum* 51 (1963), pp. 111-117; R.D. Scott, The Death of Nero’s Mother (Tacitus, *Annals*, XIV, 1-13), *Latomus* 33 (1974), p. 106; O. Devillers, Tacite, les sources et les impératifs de la narration: le récit de la mort d’Agrippine (*Annales* XIV, 1-13), *Latomus* 54 (1995), pp. 324-345, quien distingue entre la versión oficial de la muerte, exculpatoria de Nerón y las reconstrucciones post-neronianas; L. Braccesi y A. Coppola, Il Matricida (Nerone, Agrippina e l’imitatio Alexandri), *DHA* 23 (1997), pp. 189-194, en el que compara el intento de asesinar a Agripina con un episodio narrado por Diod., 19, 51, 2-4 en el que Casandro intenta acabar con Olimpia, madre de

Suetonio relata así el asesinato de Agripina³²:

(1) *No podía soportar a su madre [.....] (2) No obstante, aterrorizado por sus amenazas y por su violencia, determinó acabar con ella; [.....] pensó en una nave que pudiera desarmarse y que causara su muerte por naufragio o por el hundimiento de su puente; [.....] (3) Pasó el resto de la noche en vela, presa de una gran agitación, aguardando el resultado de su plan. Pero cuando se enteró de que todo había salido al revés de lo previsto y de que Agripina había conseguido escapar a nado, sin saber qué hacer tiró disimuladamente un puñal a los pies de Lucio Agermo, liberto de su madre, mientras éste le anunciaba lleno de alegría que aquélla se encontraba sana y salva, y, como si se tratara de un asesino sobornado por Agripina para darle muerte, mandó que le detuvieran y encadenaran, y que mataran a su madre simulando que se había suicidado para escapar al castigo de un crimen manifiesto. (4) Se añaden a estas noticias otras aún más atroces, transmitidas además por autores de total confianza; según éstas, acudió precipitadamente para ver el cadáver de su madre, palpó sus miembros, criticando unos y alabando otros, y, como entretanto sintiera sed, se puso a beber (Suet., Nero, 34, 2-4).*

Tácito nos informa con extraordinario dramatismo de la treta urdida por Nerón para tal matricidio y, especialmente importante para nosotros, de la privación de honras fúnebres dignas para Agripina:

(1) *En el consulado de Gayo Vipstano y Fonteyo (59 d.C.) decidió Nerón no aplazar más un crimen largamente meditado, pues la veteranía en el imperio había acrecido su audacia, y era más ardiente cada día su amor por Popena [.....] (3) Le ofreció su ingenio el liberto Aniceto, prefecto de la flota de Miseno y ayo de Nerón cuando niño, y que correspondía al odio que Agripina le profesaba. Le hace ver que se podía preparar una nave, una parte de la cual, desprendiéndose en pleno mar por medio de un artificio, la precipitara al mismo sin que pudiera percatarse; [.....] (5) [.....] No había avanzado mucho la nave, y a*

Alejandro Magno; Cl. Ferone, Suet. Nero 34 e la nave di Agrippina, *Rhein. Museum f. Phil.* 147 (2004), pp. 80-87, que intenta demostrar técnicamente la realidad del episodio. La presencia de una nave en la vida de Nerón no se limita a este episodio, posteriormente analizaremos otros dos casos claramente asociados a la idea de poder, hecho que nos obligará a destacar el valor simbólico del relato.

³² En el año 59 d.C.

Agripina la acompañaban dos de sus allegados, Crepereyo Galo, que permanecía en pie no lejos del timón, y Acerronia, que tendida a los pies del lecho de su señora comentaba gozosa el arrepentimiento del hijo y la gracia recuperada por la madre; y he aquí que, a una señal dada, se desprendió el techo de la cámara, lastrado con abundante plomo. Crepereyo quedó atrapado y pereció en el acto; Agripina y Acerronia se vieron protegidas por los costados sobresalientes del lecho, que casualmente resultaron demasiado fuertes como para ceder al peso.[.....(su esclava es asesinada por los remeros, etc.)...] primero a nado, luego llevada por unas barcas con las que se encontró, llega al lago Lucrino y se mete en su villa [.....(8).....(Ante el fracaso del plan para matar a Agripina simulando un accidente)...] Aniceto rodea la villa con un destacamento, y tras violentar la puerta se deshace de los esclavos que le salieron al paso, hasta que llegó a la puerta de la alcoba. [.....]. Los asesinos rodean el lecho y primero el trierarco la golpeó en la cabeza con un bastón; cuando ya el centurión desenvainaba su espada para darle muerte, mostrándole sus entrañas le gritó: “Hiéreme en el vientre”, y al momento acabaron con ella cosiéndola a cuchilladas (9). Esta es la versión generalizada. Que Nerón contempló a su madre exánime y que alabó la belleza de su cuerpo, hay quienes lo cuentan y quienes lo niegan. Fue incinerada aquella misma noche sobre un diván de comedor y con exequias de ínfima categoría, y mientras reinó Nerón no se hizo túmulo ni cercado alguno sobre su tumba. Más tarde, por cuidado de sus servidores, tuvo un túmulo modesto..... (Tac., Ann., XIV, 1-9)³³.

Como se aprecia, un asesinato violento con escaso respeto a las obligatorias honras fúnebres.

En el caso del posterior asesinato de Octavia³⁴, también encontramos elementos de dramatización que derivan sin necesidad de mayores explicaciones en la necesaria venganza de sus manes.

Según Suetonio “*Se cansó pronto de Octavia, y, como sus amigos se lo reprochaban, les respondió que su esposa debería contentarse con las insignias matrimoniales. Luego, tras haber proyectado varias veces hacerla estrangular sin conseguirlo, la repudió poniendo como pretexto su esterilidad; pero como el pueblo desaprobaba este divorcio sin escatimarle sus invectivas, incluso la relegó y finalmente, la hizo matar*

³³ Traducción de José Luis Moralejo, Madrid 2001.

³⁴ Asesinada en el 62 d.C.

bajo la acusación de adulterio, cargo tan descaradamente falso, que en la instrucción del proceso todos los testigos persistieron en negarlo y tuvo que sobornar contra ella a su pedagogo Aniceto para que declarara falsamente haberla deshonrado gracias a un ardid” (Suet., Nero, 35, 1-2).

El proceso que acabó con el asesinato de Octavia es minuciosamente descrito por Tácito (*Annales*, 14, 59-64), que señala la crueldad de su asesinato, la compasión y pena que despertaba el destino de Octavia entre los romanos, y sobre todo, el macabro destino de su cuerpo.

Y así encierra a Octavia en la isla de Pandateria. No hubo desterrada que provocara tal misericordia en los ojos de quienes la veían. Algunos se acordaban todavía de Agripina, relegada por Tiberio, y más reciente era la memoria de Julia, exilada por Claudio. Pero éstas se hallaban en la plenitud de la edad, habían conocido cierta dicha y podían aliviar la crueldad presente con el recuerdo de su mejor fortuna pasada. En cambio, para Octavia el día de sus bodas fue como un funeral, llevada a una casa en la que no vería más que duelos, arrebatado su padre por el veneno y poco después su hermano; luego aquella criada con más poder que su señora, y Popea, cuyo matrimonio no podía traer más que la perdición de la esposa; por último, aquella acusación más grave que cualquier clase de muerte.

Y así, aquella muchacha, a los veinte años de edad, entre centuriones y soldados, arrancada ya a la vida por el presagio de sus males, no hallaba, sin embargo, todavía el descanso de la muerte. Pasados unos pocos días se le da la orden de morir, cuando ya se proclamaba viuda y simplemente hermana del príncipe, invocando la común estirpe de los Germánicos y, por fin, el nombre de Agripina; pues mientras aquella había vivido, había tenido que soportar, es cierto, un matrimonio infeliz, pero que no suponía su perdición. La sujetan con grillos y le abren las venas de todos los miembros; y como la sangre, paralizada por el pavor, fluía demasiado lenta, la asfixian en el calor de un baño hirviendo. Y se añade una crueldad más atroz: su cabeza, cortada y llevada a la Ciudad, fue contemplada por Popea (Tac., Ann, 14, 63-64).

La mutilación del cuerpo, como hemos señalado antes, impedía la perfecta realización de los ritos fúnebres y la imposibilidad de descanso para el espíritu del fallecido³⁵.

³⁵ E. Jobbé-Duval, *Les morts malfaisants*, p. 44 ss. Véase también la nota 21.

La descripción del destino de ambas mujeres, seguramente dramatizado por los autores clásicos, permite deducir una importante conclusión; sus manes no pueden descansar en sus tumbas, y es, por tanto, lógico en el seno de las creencias populares, que deseen vengarse de su asesino intelectual.

En el próximo apartado veremos como tal dramatización, especialmente la muerte de Agripina, tiene una clara lectura política perfectamente comprensible para la sociedad romana, pero ahora para cerrar este apartado creo necesario traer a colación el relato que nos transmite Suetonio del asesinato de Galba por el pretendiente al trono Otón, ya que vuelve a repetir el anterior esquema de dramatización. Según Suetonio, Galba:

Fue asesinado junto al lago de Curcio y abandonado allí tal como estaba, hasta que un soldado raso, que volvía de recoger su provisión de grano, tirando al suelo su carga, le cortó la cabeza; y, como no podía cogerla por los cabellos, la ocultó entre los pliegues de su ropa, luego le metió el dedo pulgar en la boca, y se la llevó a Otón. Éste se la entregó a los vivanderos y a los siervos del ejército, que la clavaron en una lanza y la pasearon por todo el campamento, no sin hacer escarnio de ella, gritando sin cesar: ¡Galba, Cupido, goza de tu juventud!; la principal razón que les movía a dedicarle unas bromas tan irrespetuosas era que, pocos días antes, se había propalado el rumor de que, al alabar cierto individuo su aspecto diciéndole que aún era lozano y vigoroso, le había respondido: Todavía conservo íntegras mis fuerzas.

Un liberto de Patrobio Neroniano les compró la cabeza por cien monedas de oro y la arrojó en aquel lugar donde, por mandato de Galba, había sido ejecutado su patrono. Más tarde, en fin, su administrador Argivo la enterró, junto con el resto del cuerpo, en los jardines privados de Galba, sitios en la Vía Aurelia (Suet., Galba, 20, 2).

La actitud de Otón tuvo su clara consecuencia. Entre los *omina mortis* del efímero emperador, Suetonio incluye el siguiente: *Se dice que esa noche (toma del poder), presa del pánico durante el sueño, lanzó profundos gemidos; que fue encontrado por los sirvientes que acudieron en tropel tendido en el suelo, delante de su lecho, y que intentó aplacar con todo tipo de sacrificios propiciatorios los manes de Galba, que en su sueño le había derribado y expulsado (Suet., Oton, 7, 2).*

4. AGRIPINA, NERÓN Y EL PODER IMPERIAL

Como comprobaremos en las siguientes líneas, el poder imperial de Nerón aparece en el entramado mental romano estrechamente asociado a la figura de Agripina. Esta vinculación entre el poder de Nerón y su madre, seguramente bien conocida por la población romana, permite comprender en última instancia la dramatización de la que hemos hablado antes respecto a la descripción de la muerte de Agripina, y el sentido último de los *omina mortis* citados al iniciar este artículo.

En nuestro *Emperador Predestinado* ya analizamos un *omen imperii* de Vespasiano, que a su vez anunciaba el fin del poder de Nerón, en el que Agripina aparecía como elemento central³⁶.

Suetonio relata cómo durante la gira artística de Nerón por la provincia de Acaya, que tuvo lugar entre los años 66-67, Vespasiano soñó que su propia felicidad y la de los suyos comenzaría en el momento que se le hubiera extraído a Nerón un diente. Y sucedió que al día siguiente un médico mostró a Vespasiano un diente que se le acababa de sacar al emperador: *At in Achaia somniauit initium sibi suisque felicitatis futurum, simul ac dens Neroni exemptus esset, euenitque ut sequenti die progressus in atrium medicus dentem ei ostenderet tantumque quod exemptum* (Suet., *Vesp.*, 5, 5). Historia también narrada por Dión Casio (59, 1, 3).

En nuestro libro concluimos que la extracción del diente a Nerón simbolizaba la pérdida del trono, y su entrega a Vespasiano, el reflejo de un rito de transmisión de poder a través de un objeto simbólico, en este caso el diente.

Pero lo realmente importante para nuestro actual estudio resulta del hecho de que esta interpretación se enriquecía aún más si atendemos a una anécdota narrada por Plinio el Viejo que nos ayuda a entender la presencia en el relato de un diente (y no, por ejemplo, de un anillo, cetro, estatua, etc.) para simbolizar la transmisión del poder. En el libro séptimo de su *Historia Natural*, Plinio señala que Agripina, la madre de Nerón, contaba en la parte superior derecha de su dentadura con un doble canino, fenómeno considerado en la Antigüedad como muy positivo,

³⁶ M. Requena, *El emperador predestinado*, pp. 26-31.

pues aquellas personas con esta característica gozaban del favor de la Fortuna (Plin., *Nat.*, 7, 71).

Ésta no es la única anécdota que relaciona a la madre de Nerón con los dientes. Dión Casio afirma que, movida por la envidia, Agripina buscó la destrucción de algunas de las principales mujeres de Roma, entre ellas Lolia Paulina, ya que ésta había sido la esposa de Gayo (Calígula) y había acariciado alguna esperanza de llegar a ser la esposa de su sucesor, el emperador Claudio. Continúa el historiador griego señalando que como Agripina no reconocía la cabeza de mujer que le habían llevado, le abrió la boca con su propia mano e inspeccionó los dientes que tenían ciertas peculiaridades (*D.C.*, 61, 32, 4).

No sabemos el conocimiento que de tales anécdotas tenía el pueblo romano, ni la naturaleza de las peculiaridades dentales de Lolia Paulina que permitieron su identificación, pero centrándonos en el relato de Plinio es normal pensar que Agripina o la propaganda oficial de la casa de Nerón aprovechase y contase públicamente esa característica positiva que los dioses le habían proporcionado, de ahí que la señale el naturalista romano. Partiendo de la hipótesis de su posible difusión, resulta fácil imaginar que en ciertos ámbitos populares, tal vez por iniciativa de la propia propaganda oficial, se crearía una asociación de ideas causa-efecto entre la posesión de esa singularidad dental y la posesión del imperio. En tal caso, la creación en torno a un diente del *omen* de Vespasiano sería una consecuencia clara e inmediata de la vinculación popular entre los dientes, el poder de la familia de Agripina y las creencias relativas a la pérdida de éstos.

En definitiva, el relato ominal del diente sería el reflejo popular de un rito de transmisión de poder articulado a partir de características propias de la casa de Nerón bien conocidas por la sociedad romana. A nosotros nos interesa especialmente la circunstancia de que Agripina como poseedora de esa característica dentaria juega un papel fundamental de transmisor del poder imperial a su hijo, que finalmente lo perderá a favor de Vespasiano.

Pero no es ésta la única circunstancia en la que encontramos una clara vinculación entre el poder de Nerón y Agripina. Según Dión Casio cuando Agripina estaba embarazada de Nerón consultó a un mago

persa³⁷ que gozaba de gran reputación en Roma y el astrólogo le anunció que daría a luz un hijo, que llegaría a ser emperador pero que asesinaría a su madre. A lo que Agripina replicó: “¡Que mate a su madre con tal que sea emperador” (61, 2, 1-2)”³⁸.

Tácito también nos recuerda esta anécdota al señalar que hacía muchos años que Agripina conocía su fin; “*pues unos caldeos, cuando los consultó acerca de Nerón, le respondieron que había de reinar y de matar a su madre; ella dijo: “Que la mate, con tal que reine”* (Ann., 14, 9, 3).

No menos significativa es la anécdota narrada por Suetonio según la cual “*El primer día de su mandato dio incluso como contraseña al tribuno de guardia “la mejor de las madres”, y a partir de ese momento se dejó ver en público a menudo en la litera de ésta*” (Suet., Nero, 9).

La capacidad de Agripina en el proceso de transmisión del poder, llega al extremo de vincularse incluso al trato carnal con ella, rememorando el mito de la posesión de la madre, tan presente en numerosas tradiciones y de tan complejo análisis³⁹.

Así Suetonio afirma que Nerón mató al “*joven Aulo Plaucio, del cual abuso antes de hacerle morir, y luego dijo: “¡Que venga ahora mi madre y abrace a mi sucesor!*”, dando a entender con ello que Agripina le había amado y le había hecho concebir esperanzas de alcanzar el imperio” (Suet., Nero, 35, 4)”⁴⁰.

No debemos olvidar a este respecto los continuos rumores respecto a la relación de Nerón con su madre.

Deseó incluso tener trato carnal con su madre, pero le disuadieron los enemigos de aquélla, para evitar que esta altiva y despótica mujer gozara de

³⁷ Sobre la importancia de los magos persas en la corte de Nerón véase nota 6.

³⁸ C. M. Franzero, *Nerón, su vida y su época*, Barcelona 1956, p. 13.

³⁹ El ejemplo más característico es el narrado por Suetonio para Julio César: “*Además, los adivinos le hicieron concebir las más altas esperanzas cuando, sumido en la confusión por el sueño de la pasada noche (pues, mientras dormía, había soñado que violaba a su madre), lo interpretaron como un presagio del dominio del globo terráqueo, puesto que la madre que había visto sometida a él no era otra que la tierra, considerada madre de todas las criaturas*” (Suet., Caes., 7).

⁴⁰ *In quibus Aulum Plautium iuuenem, quem cum ante mortem per uim conspurcasset: eat nunc, inquit, mater mea et successorem meum osculetur, iactans dilectum ab ea et ad spem imperii impulsam.*

una influencia aún mayor gracias a un favor de este tipo; y esto es algo que nadie puso en duda, sobre todo después de que admitió entre sus concubinas a un cortesana que, según se decía, tenía un enorme parecido con Agripina. Afirman incluso que anteriormente, cada vez que iba en litera con su madre, se entregaba a su pasión incestuosa, como delataban las manchas de su vestido (Suet., Nero, 28, 2)⁴¹.

Si tenemos en cuenta esta relación entre la obtención del poder de Nerón y su madre, resulta normal, por tanto, que el fin de su poder vuelva a vincularse con Agripina. Ya señalamos antes que la pérdida del diente de Nerón, presagiaba este hecho, pero si volvemos al relato de Suetonio sobre los sueños de Nerón apreciamos cómo es tras asesinar a Agripina cuando sueña que le arrancaban de las manos el timón de un navío que pilotaba:

Mientras que antes no solía soñar nunca⁴², después de haber matado a su madre soñó que le arrancaban de la mano el timón de un navío que pilotaba, que su esposa Octavia le arrastraba a las más densas tinieblas [...]. En las calendas de enero, cuando los Lares ya estaban adornados, se desplomaron en medio de los preparativos del sacrificio; [...]. No había pasado tampoco inadvertido que la última obra que cantó en público fue Edipo desterrado y que terminó con este verso: Esposa, madre y padre me instan a morir (Suet., Nero, 46).

El navío en este episodio tiene un simbolismo claro, representa al estado romano dirigido hasta este momento por Nerón⁴³. Un significado que se refuerza si valoramos uno de los *omina imperii* que recoge Suetonio para Galba, sucesor de Nerón al trono imperial:

⁴¹ La iniciativa, según otros autores, partió de Agripina, Tac., *Ann.*, 14, 2.

⁴² En la antigüedad, la vía de los sueños es el medio mas corriente por el cual los difuntos pueden manifestarse nuevamente a aquéllos que han conocido en vida J. Amat, *Songes et visions. L'au-delà dans la littérature latine tardive*, Paris 1985, pp. 265 ss; G. Weber, *Kaiser, Träume und Visionen in Principat und Spätantike*, Stuttgart 2000.

⁴³ Sobre la antiquísima metáfora de la nave del estado, vid. F. Rodríguez Agradós, Origen del tema de la nave del Estado en un papiro de Arquíloco, *Aegyptus* 35 (1955), pp. 206-209. El cristianismo adopto el navío como símbolo de la Iglesia, siendo Cristo su timonel, vid. Jean Daniélou, *Les symboles chrétiens primitifs*, Paris 1961, pp. 65-76.

Un navío alejandrino arribó a Tortosa cargado de armas, sin piloto⁴⁴, tripulante ni pasajero alguno, de suerte que a nadie le cupo la menor duda de que la guerra que se emprendía era justa, santa y bendecida por los dioses (Suet., Galba, 10, 4).

Al margen de la realidad histórica sobre la que se construye el relato, el apoyo del gobernador de Egipto a la sublevación de Galba, el sentido último del mismo es el beneplácito y la entrega por parte de los dioses del estado romano a Galba para que ejerza la función de timonel, es decir, para que sea su nuevo gobernante supremo. La relación con el *omina mortis* de Nerón es evidente: los dioses privan al hijo de Agripina del poder imperial para entregárselo a Galba.

Resulta significativa la circunstancia de que vuelva a ser de nuevo una nave, en este caso trucada, la utilizada para intentar acabar con Agripina. No significa esto que dude de la veracidad histórica de tal acontecimiento, todo lo contrario, si tenemos en cuenta la vinculación señalada antes entre Agripina y el poder de Nerón, es probable que el conocimiento popular del método para acabar con la vida de su madre, pudiera activar la creación de las historias antes señaladas. No debemos olvidar a este respecto la popularidad de Agripina, y la amplia repercusión que en la sociedad romana tuvo su asesinato⁴⁵.

⁴⁴ El mito del navío sin piloto esta presente en numerosas tradiciones míticas, *vid.*, G. Germain, *Genèse de l'Odyssee. Le fantastique et le sacré*, Paris 1954, pp. 243-246.

⁴⁵ *Lo que podría parecer asombroso y especialmente notable en medio de todo esto es que nada cargó Nerón con más paciencia que las injurias e invectivas de la muchedumbre, y que con nadie se mostró más indulgente que con aquellos que lo hubieran atacado de palabra o en versos. Se escribieron en las paredes o corrieron de boca en boca muchos epigramas, en griego y en latín, como los siguientes:*

Nerón, Orestes, Alcmeón: matricidas.

Nueva equivalencia: Nerón mató a su propia madre.

¿Quién puede negar que Nerón descende de la ilustre estirpe de Eneas?

Aquél cargó con su padre, éste se ha cargado a su madre.

Mientras nuestro emperador tensa su lira, mientras el parto tensa su arco,

Nuestro príncipe será Peán, el otro Hecatebeletes.

Roma se convertirá en una casa: emigrad a Veyes, ciudadanos,

Si es que esa maldita casa no invade Veyes también.

Pero Nerón no buscó a sus autores, e incluso, cuando algunos individuos fueron denunciados al Senado, prohibió que se les infligiera un castigo demasiado riguroso. Isidoro el Cínico, al verle pasar, le reprochó un día públicamente, en voz alta, el cantar

Para concluir podemos aportar un elemento más que vuelve a confirmar la relación entre el poder de Nerón y Agripina en el entramado mental de la sociedad romana. Según Suetonio, “*se enteró en Nápoles de la revuelta de las Galias precisamente el día en que había matado a su madre*” (Suet., *Nero*, 40, 4)⁴⁶.

En nuestro análisis sobre los presagios de imperio ya destacamos la importancia que en la sociedades antiguas tienen este tipo coincidencias, ampliamente valoradas y comentadas⁴⁷. A través de ellas las poblaciones antiguas asocian, o mejor, vinculan el destino de los elementos y personas que se cruzan en esa circunstancia puntual. Que Nerón se entere de la revuelta de las Galias (principio del fin de su reinado) el mismo día en que (en otro tiempo) había matado a su madre, vuelve a vincular el poder de Nerón con Agripina. En concreto el fin de su poder con la muerte de su madre.

El círculo se cierra con otra interesante coincidencia: narra Suetonio como: *murió a los treinta y dos años de edad, el mismo día en el que había hecho matar en otro tiempo a Octavia* (Suet., *Nero*, 57, 1).

En el entramado mental romano la venganza de los espíritus de los muertos ante aquellos que les habían causado algún mal en vida o tras su muerte, llegaba al extremo de quitarles el poder y la vida. Para los romanos la coincidencia entre la muerte de Agripina y la sublevación de

tan bien las desgracias de Nauplio y administrar tan mal sus propios bienes; Dato, actor de atelanas, en el siguiente verso de una canción,

¡Salud, padre; salud, madre!,

imitó los gestos de un bebedor y de un nadador, aludiendo de forma manifiesta a la muerte de Claudio y de Agripina, y en la cláusula final, El Orco os arrastra por los pies,

Señaló con un gesto al Senado. Nerón se contentó con desterrar de Roma y de Italia al actor y al filósofo, sea porque despreciaba todos los insultos, sea para no excitar los ánimos manifestando su resentimiento (Suet., *Nero*, 39, 2-3).

Tan conocida por el pueblo era la acción de Nerón, que como señala Suetonio tras la revuelta de las Hispanias, entre otros ultrajes, se ató al cuello de una de sus estatuas un zurrón con un letrero que decía: “*En cuanto a mí, ¿qué otra cosa podía hacer?, pero tú has merecido el saco*” (Suet., *Nero*, 45) en referencia al castigo al que eran condenados los parricidas.

⁴⁶ *Neapoli de motu Galliarum cognouit die ipso quo matrem occiderat.*

⁴⁷ Tanto en *El emperador predestinado* pp. 110 113, como en *Lo maravilloso y el poder*, p. 72.

Víndice venía a cerrar el círculo de poder de Nerón, al acabar con el emperador. La venganza de Octavia acababa con la vida de la persona.

CONCLUSIÓN

Resulta difícil para un historiador abordar el análisis de relatos de carácter maravilloso como el que aquí nos ocupa. El desprecio de parte de la historiografía a valorar como fuente histórica este tipo de informaciones sigue condicionando su uso y en consecuencia, privándonos de un material fundamental a la hora de conocer la verdadera percepción que las sociedades antiguas tuvieron o hicieron de numerosas instituciones, entre ellas el *imperium*.

Las pesadillas de Nerón, y especialmente aquella en la que se narra como tras el asesinato de Agripina soñó que le arrancaban (evidentemente los dioses) de la mano el timón de un navío que pilotaba, nos ha permitido adentrarnos en la percepción que del reinado de Nerón tuvieron los ciudadanos romanos. Una percepción en la que la madre del emperador tuvo una destacada importancia.